

Karl Ove Knausgård

Un hombre enamorado

Mi lucha: Tomo II

Traducción del noruego
de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Min kamp. Andre bok

© Forlaget Oktober as

Oslo, 2009

Publicado con la ayuda de NORLA

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © Astrid Dalum / POLFOTO

Primera edición: abril 2014

© De la traducción, Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7891-2

Depósito Legal: B. 5065-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo

08791 Sant Llorenç d'Hortons

Tercera parte

29 DE JULIO DE 2008

El verano ha sido largo, y aún no ha terminado. El 26 de junio acabé la primera parte de la novela, y desde entonces, hace más de un mes, tenemos a Vanja y a Heidi en casa, sin ir a la guardería, con todo el trabajo extra que eso conlleva. Yo nunca he entendido lo de las vacaciones, nunca he sentido necesidad de tenerlas, siempre he preferido trabajar. Pero si hay que tener vacaciones, las tengo. Pensábamos pasar la primera semana en esa pequeña cabaña que Linda insistió en comprar en una huerta comunitaria el otoño pasado, con la intención de que fuera en parte un lugar donde escribir, y en parte donde pasar los fines de semana. Pero a los tres días nos dimos por vencidos y volvimos a la ciudad. Meter a tres niños pequeños y dos adultos en una superficie muy limitada, con gente rodeándonos por todas partes, sin otra cosa que hacer que arrancar y cortar la hierba, no es precisamente una buena idea, sobre todo si la atmósfera reinante ya es tensa antes de instalarse. Tuvimos varias discusiones muy subidas de tono en ese lugar, sin duda para gran diversión de los vecinos, y la sensación que me producían esos centenares de jardincitos decorosamente cuidados, con todas esas personas viejas y medio desnudas, me hacía sentirme claustrofóbico e irascible. Los niños captan rápido esas situaciones y luego las aprovechan, sobre todo Vanja, que reacciona casi al instante a cualquier alteración de tono o volumen de la voz, y si la cosa va a más, se pone a hacer lo que sabe que

más nos disgusta, y que nos hace perder los estribos si esa situación se alarga. Si de antemano uno ya está lleno de frustración, resulta casi imposible defenderse, y a partir de ahí empiezan los gritos, chillidos y demás miserias. La semana siguiente alquilamos un coche y nos fuimos a Tjörn, en las inmediaciones de Gotemburgo, donde la amiga de Linda, Mikaela, también madrina de Vanja, nos había invitado a la casa de verano de su novio. Le preguntamos si sabía lo que era convivir con tres niños. Y si estaba realmente convencida de querer tenernos allí. Dijo que lo estaba, había pensado que podría hacer bizcochos y cosas así con los niños, y llevárselos a bañarse en el mar y a pescar cangrejos, para que Linda y yo pudiéramos disfrutar de un poco de tiempo para nosotros solos. Nos dejamos tentar. Fuimos en coche hasta Tjörn, a ese extraño paisaje que se parece mucho al del sur de Noruega. Aparcamos delante de la casa de verano y desembarcamos con los niños y todos nuestros bártulos. La idea era quedarnos allí una semana, pero a los tres días recogimos de nuevo nuestras cosas, nos metimos en el coche y pusimos de nuevo rumbo al sur, para el evidente alivio de Mikaela y Erik.

Las personas que no tienen hijos, por muy inteligentes que sean, no suelen tener ni idea de lo que va el tema, al menos eso era lo que me ocurría a mí antes de tener a los míos. Mikaela y Erik son personas ambiciosas. Desde que la conozco, Mikaela ha ocupado exclusivamente cargos de ejecutiva en el mundo de la cultura; Erik dirige una fundación de alcance mundial, con sede en Suecia. Después de Tjörn, se iba a una reunión en Panamá, para luego pasar unos días de vacaciones con Mikaela en la Provenza; así viven, lugares sobre los que yo sólo he leído, están abiertos para ellos. En esa vida irrumpimos nosotros con pañales y toallitas húmedas, con John, que gatea por todas partes, Heidi y Vanja, que se pelean y gritan, ríen y lloran, nunca comen en la mesa, nunca hacen lo que les decimos que hagan, al menos no cuando estamos con más gente y es cuando más *deseamos* que se porten bien, porque lo notan, claro, cuanto más nos importa, más indómitos se vuelven. Y aunque la casa

era grande y espaciosa, no lo era tanto como para que las niñas se volvieran invisibles en ella. En su deseo de parecer generoso y amante de los niños, Erik hacía como si no temiera por ningún objeto de la casa, pero su lenguaje corporal lo delataba; los brazos apretados contra el cuerpo, la manera en la que todo el rato iba colocando las cosas que las niñas acababan de descolocar, y su mirada distante. Estaba cerca de las cosas y del lugar que había conocido durante toda su vida, pero muy lejos de las personas que allí se alojaban esos días, mirándolas más o menos como se mira a los topos o a los puercoespines. Yo entendía cómo se sentía y él me caía bien. Pero me había presentado en su casa con todo eso, lo que imposibilitaba un verdadero encuentro. Erik se había formado en Cambridge y Oxford, y había trabajado durante varios años de broker en el mundo financiero londinense, pero durante un paseo que Vanja y él dieron hasta una colina junto al mar, dejó que la niña se pusiera a trepar libremente a varios metros delante de él, mientras él contemplaba las vistas, sin reparar en que ella sólo tenía cuatro años y era incapaz de ver el peligro, así que tuve que subir hasta allí corriendo, con Heidi en brazos. Cuando media hora después nos sentamos en un café, yo con las piernas entumecidas tras la dura carrera cuesta arriba, y le pedí que le diera a John trocitos de un bollo que le dejé al lado, pues yo tenía que controlar a Heidi y a Vanja, a la vez que ir a buscarles más comida, dijo que sí, que lo haría, pero no cerró el periódico, ni siquiera levantó la vista, y no vio por tanto que John, a medio metro de distancia de él, se estaba poniendo cada vez más nervioso, para acabar gritando con tanta fuerza que la cara se le puso color púrpura, frustrado porque ese trozo que tanto le apetecía estaba delante de sus narices, pero fuera de su alcance. Me di cuenta de que la situación cabreó a Linda, sentada al otro extremo de la mesa, pero se dominó y no hizo ningún comentario. Esperó a que saliéramos y nos quedáramos un momento a solas para decirme que volviéramos a casa enseguida. Acostumbrado a sus caprichos, le dije que se callara y que no tomara decisiones estando tan cabreada, y entonces resultó que se cabreó aún más,

claro, y así seguimos hasta que a la mañana siguiente nos metimos en el coche y nos marchamos de allí.

El despejado cielo azul y el angosto paisaje azotado por el viento, y sin embargo muy hermoso, junto con la alegría de los niños y el hecho de que nos encontráramos en un coche y no en el compartimento de un tren o a bordo de un avión, que habían constituido nuestro medio de transporte los últimos años, distendió el ambiente, pero no tardamos mucho en volver a las andadas, porque teníamos que comer, y el restaurante que encontramos y donde paramos, resultó pertenecer a un club náutico, pero el camarero me dijo que si cruzábamos el puente llegaríamos a la ciudad, y allí, a unos quinientos metros, había otro restaurante, de manera que veinte minutos después nos encontrábamos sobre un puente alto y estrecho, pero densamente transitado, empujando dos carritos de niño, hambrientos y sólo con un paisaje industrial a la vista. Linda estaba furiosa, los ojos se le habían puesto negros, siempre acabamos así, dijo rabiosa, y eso no le pasa a nadie más que a nosotros, nada nos salía bien, íbamos a comer toda la familia, podía haber sido algo agradable, pero en vez de eso íbamos andando bajo el viento, rodeados por coches ruidosos y humos de escape por un puente de mierda. ¿Había visto alguna vez a una familia con tres hijos en una situación parecida? El camino que seguíamos acababa en una verja metálica con el logo de una compañía de seguridad. Para entrar en la ciudad, que encima parecía triste y lánguida, tuvimos que dar un rodeo de al menos quince minutos por un polígono industrial. Yo quería dejar a Linda, porque siempre se estaba quejando, siempre quería algo distinto, y nunca hacía nada para conseguirlo, se limitaba a quejarse, quejarse y quejarse, nunca aceptaba la situación tal y como se presentaba, y cuando la realidad no se correspondía con su idea preconcebida, era a mí a quien se lo reprochaba, tanto en cosas importantes como en cosas sin importancia. Bueno, lo habríamos dejado, pero la logística siempre volvía a unirnos, teníamos un coche y dos carritos de niño, de manera que no resultaba tan fácil hacer como si lo dicho no se hubiese dicho, empujar los

sucios y destartados carritos por el puente, subirlos hasta el bonito club náutico, meterlos en el coche y asegurar a los niños en sus sillas para llevarlos al McDonald's más próximo, que resultó ser una gasolinera en la periferia de Gotemburgo, donde yo me senté fuera en un banco a comer mi perrito caliente, mientras Vanja y Linda se quedaron en el coche comiéndose los suyos. John y Heidi se habían dormido. Cancelamos la visita que habíamos planeado al parque de atracciones de Liseberg, pues no habría conseguido más que empeorar la situación, tal y como estaban las cosas. En lugar de eso nos paramos unas horas más tarde, como por impulso, en un llamado País de los Cuentos barato y cutre, donde todo era de la peor calidad. Llevamos primero a los niños a un pequeño «circo», que consistía en un perro saltando por unos aros a la altura de la rodilla, una mujer forzuda con pinta masculina, seguramente de un país del este de Europa, que vestida con un bikini lanzaba esos mismos aros al aire, para luego hacerlos girar alrededor de sus caderas, arte que dominaban todas las chicas de mi clase en la primaria, y un hombre rubio de mi edad con babuchas, turbante, y michelines que le colgaban por los pantalones bombachos, que se llenaba la boca de gasolina y que escupió cuatro veces fuego hacia arriba, al techo bajo. John y Heidi miraban atónitos. Vanja, que sólo pensaba en una tómbola por la que acabábamos de pasar, y donde te podía tocar un peluche, no paraba de tirarme del brazo, preguntando cuándo acababa la función. De vez en cuando miraba a Linda, que estaba sentada con Heidi sobre las rodillas. Tenía lágrimas en los ojos. Cuando salimos y empezamos a bajar hacia el pequeño Tívoli, empujando cada uno un carrito, al pasar por delante de una gran piscina con un largo tobogán de agua, que en la parte más alta exhibía un enorme trol, de casi treinta metros de altura, le pregunté por qué lloraba.

—No lo sé —contestó—. Los circos siempre me han conmovido.

—¿Por qué?

—Porque son tan tristes, pequeños y cutres y al mismo tiempo tan hermosos...

—¿Éste también?

–Sí. ¿No has visto a Heidi y a John? Estaban completamente hipnotizados.

–Pero Vanja y yo no –objeté sonriendo. También Linda sonrió.

–¿Qué? –preguntó Vanja, volviéndose hacia mí–. ¿Qué has dicho, papá?

–He dicho que mientras estábamos en el circo, tú sólo pensabas en el peluche que acababas de ver.

Vanja sonrió de ese modo que solía sonreír cuando hablábamos de algo que ella había hecho. Contenta, pero también impaciente, preparada para más.

–¿Qué he hecho? –preguntó.

–No has parado de tirarme del brazo, diciendo que querías ir a comprar un boleto ya.

–¿Por qué? –preguntó ella.

–¿Cómo quieres que yo lo sepa? Supongo que te gustaría conseguir ese peluche.

–¿Vamos ahora? –preguntó.

–Sí –contesté–. Es allí abajo.

Señalé el largo sendero asfaltado hacia las atracciones del Tívoli, que apenas podíamos vislumbrar a través de los árboles.

–¿Para Heidi también? –preguntó.

–Si ella quiere –respondió Linda.

–Sí que quiere –afirmó Vanja, inclinándose sobre Heidi, que iba sentada en el carrito–. ¿Quieres uno Heidi?

–Sí –contestó la niña.

Tuvimos que comprar boletos por importe de noventa coronas, hasta que ambas tuvieron su pequeño ratón de trapo en la mano. El sol ardía en el cielo sobre nuestras cabezas, el aire del bosque no se movía, toda clase de estridentes y retumbantes sonidos de los aparatos se mezclaba con la música de los ochenta procedente de las casetas que nos rodeaban. Vanja quería un algodón de azúcar, así que diez minutos después estábamos sentados en una mesa junto a un quiosco, al sol y rodeados de impertinentes y zumbantes avispas, con el azúcar pegándose a todo, a la mesa, a los carritos, a los brazos y a las manos, para

sonora irritación de los niños, no era eso lo que se habían imaginado al admirar el cuenco de azúcar girando en el quiosco. Mi café estaba amargo y era casi imbebible. Un niño sucio vino hacia nosotros montado en un triciclo, chocó contra el carrito de Heidi y nos miró expectante. Tenía el pelo y los ojos oscuros, podría ser rumano o albanés, tal vez griego. Después de empotrar la rueda unas cuantas veces más en el carrito, se colocó de tal manera que no podíamos salir. Y allí se quedó, con la mirada clavada en el suelo.

—¿Nos vamos o qué? —pregunté.

—Pero Heidi quería montar —objetó Linda—. ¿No podemos hacerlo primero?

Un hombre robusto con las orejas salientes, también él moreno, se acercó, levantó al niño del triciclo, y lo llevó en brazos hasta la plazoleta que había delante del quiosco. Le acarició un par de veces la cabeza y acto seguido se acercó al pulpo mecánico que manejaba. De los brazos del pulpo colgaban pequeñas cestas en las que uno se podía montar, y que se movían lentamente hacia arriba y hacia abajo, sin parar de dar vueltas. El niño conducía su triciclo por la plazoleta, por donde no paraban de ir y venir personas vestidas de verano.

—Claro que sí —contesté. Me levanté, cogí los algodones de azúcar de las niñas y los tiré a una papelera. Luego empujé el carrito de John, que iba moviendo la cabeza de un lado para otro con el fin de captar todo lo interesante que ocurría por allí, atravesé la plazoleta y recorrí el camino que conducía a la «ciudad del Oeste». Pero en la «ciudad del Oeste», que era un montón de arena con tres cobertizos recién construidos, en los que ponía respectivamente «Mina», «Sheriff» y «Prisión», —los dos últimos llenos de carteles de «Se busca, vivo o muerto»—, rodeados, por un lado, de abedules y una rampa por la que subían y bajaban unos jóvenes con unas tablas con pequeñas ruedas pequeñas y, por el otro, de un área para montar a caballo que estaba cerrada. Al otro lado de la verja, justo enfrente de la «Mina», la mujer del circo del este de Europa estaba sentada en una piedra fumando.

–¡Montar! –dijo Heidi, mirando a su alrededor.

–Vamos entonces a lo de montar en burro, que está junto a la salida –propuso Linda.

John tiró el biberón de agua al suelo. Vanja se metió por debajo de la valla y corrió hacia la mina. Cuando Heidi se dio cuenta, se bajó del carrito y fue tras su hermana. Descubrí una máquina blanca y roja de Coca-Cola en la parte de atrás de la oficina del sheriff, me hurgué en el bolsillo del pantalón corto y miré el resultado: dos gomas de pelo, un pasador con dibujos de mariquitas, un encendedor, tres piedras, dos conchas blancas que Vanja había cogido en Tjörn, un billete de veinte coronas, dos monedas de cinco y nueve de una.

–Voy a sentarme ahí abajo a fumarme un cigarrillo mientras –dije, haciendo un gesto en dirección a un árbol caído en el extremo del recinto. John levantó los brazos.

–Vale –dijo Linda, cogiendo al niño–. ¿Tienes hambre, John? –le preguntó–. Qué calor hace. ¿No hay ninguna sombra para sentarme con él?

–Allí arriba –contesté, señalando hacia el restaurante, que tenía forma de tren, con la barra en la locomotora y las mesas en el vagón. No se veía un alma. Las sillas estaban colocadas con el respaldo contra las mesas.

–Sí, me voy allí –dijo Linda–. Le daré un poco de teta. ¿Les echas tú un vistazo a las niñas?

Asentí con la cabeza, me acerqué a la máquina de Coca-Cola y saqué una lata. Luego me senté en el tronco, encendí un cigarrillo y miré hacia ese cobertizo hecho a toda prisa, del que Vanja y Heidi salían y entraban por la abertura.

–¡Aquí dentro está muy oscuro! –gritó Vanja–. ¡Ven a verlo!

Agité la mano, lo que por suerte le bastó. Vanja llevaba todo el rato el ratón apretado contra el pecho.

Por cierto, ¿dónde estaba el ratón de Heidi?

Dejé vagar la mirada por la cuesta. Justo delante de la oficina del sheriff estaba tirado en la arena boca abajo. En el restaurante, Linda colocó una silla junto a la pared, se sentó y se puso a dar el pecho a John. Al principio, el niño agitaba las piernas,

pero luego se quedó muy quieto. La mujer del circo estaba subiéndole la cuesta. Un tábano me picó en la pierna y le di un manotazo con tanta fuerza que se quedó aplastado y extendido en mi piel. El cigarrillo me sabía horrible con ese calor, pero aspiraba con gran perseverancia el humo hasta los pulmones, mientras miraba las copas de los abetos de un verde intenso donde les alcanzaba el brillo del sol. Otro tábano se me posó en la pierna. Intenté ahuyentarlo e irritado me levanté, tiré el cigarrillo al suelo y me acerqué a las niñas, con la lata de Coca-Cola medio llena y todavía fría en la mano.

—Papá, vete a la parte de atrás, mientras nosotras entramos, a ver si puedes vernos por los agujeros, ¿vale? —me pidió Vanja, mirándome con los ojos entornados.

—Muy bien —dije, y di la vuelta al cobertizo. Oía cómo se reían y movían dentro. Incliné la cabeza hacia una de las rendijas y miré. Pero el contraste entre la luz de fuera y la oscuridad de dentro era tan grande que no veía nada.

—Papá, ¿estás ahí? —gritó Vanja.

—Sí —contesté.

—¿Nos ves?

—No. ¿Os habéis vuelto invisibles?

—¡Sí!

Cuando salieron, hice como si no las viera. Clavé la mirada en Vanja, mientras la llamaba, como buscándola.

—Pero si estoy *aquí* —decía, agitando los brazos.

—¿Vanja? ¿Dónde estás? Sal, esto ya no tiene gracia.

—¡Estoy aquí! ¡Aquí!

—¿Vanja...?

—¿De verdad que no puedes verme? ¿Soy invisible de verdad?

Parecía muy contenta, a la vez que un atisbo de inquietud se percibía en su voz. En ese instante John empezó a llorar. Miré hacia arriba. Linda se levantó, con el niño apretado contra su cuerpo. Esa manera de chillar no era habitual en él.

—¡Ah, ahí estás! —dije—. ¿Has estado ahí todo el tiempo?

—Siii —contestó Vanja.

—¿Oyes cómo llora John?

Asintió con la cabeza, mirando hacia lo alto de la cuesta.

–Tenemos que irnos –dije–. Ven.

Quise coger a Heidi de la mano.

–No quiero –dijo–. No quiero coger mano.

–¡De acuerdo, pero móntate en el carrito!

–No quiero carrito.

–¿Quieres que te lleve en brazos entonces?

–No quiero –contestó.

Bajé a por el carrito. Cuando volví, Heidi se había subido a la verja. Vanja se había sentado en el suelo. Linda había salido del restaurante y estaba en el camino mirando hacia abajo, haciéndonos señas con la mano para que nos acercáramos. John seguía chillando.

–No quiero andar –dijo Vanja–. Tengo las piernas cansadas.

–Apenas has andado un metro en todo el día –dije–. ¿Cómo puedes tener las piernas cansadas?

–No tengo piernas. Tienes que llevarme en brazos.

–No, Vanja, qué tonterías estás diciendo. No puedo llevarte en brazos.

–Sí.

–Siéntate tú en el carrito, Heidi –dije–, e iremos a montar.

–No quiero carro –dijo.

–¡No tengo piernas! –dijo Vanja, gritando la última palabra.

Sentía cómo la ira me ardía por dentro, y me entraron ganas de levantarlas a las dos y llevarlas apretadas bajo los brazos. Más de una vez las había llevado así, ellas agitando las piernas y gritando, y yo mirando sin parpadear a la gente con la que me cruzaba, la cual observaba con gran interés la escena, como si yo llevara una máscara de mono o algo por el estilo.

Pero esta vez logré contenerme.

–¿Te sientas en el carrito, Vanja? –le pregunté.

–Si tú me subes –contestó.

–No, tienes que subir tú sola.

–No –dijo ella–. No tengo piernas.

Si no accedía a su deseo, podíamos estar allí hasta la mañana siguiente, porque aunque Vanja carecía de paciencia y se

daba por vencida ante la más insignificante resistencia, era, en cambio, infinitamente cabezota cuando se trataba de su propia voluntad.

–Vale –dije, cogiéndola en brazos y sentándola en el carrito–. Tú ganas otra vez.

–¿Ganar qué? –preguntó ella.

–Nada –contesté–. Ven, Heidi, nos vamos.

La bajé de la verja, y después de un par de tibios no quiero, no quiero, estábamos ya subiendo la cuesta, Heidi en mi brazo, Vanja en el carrito. Por el camino recogí el ratón de trapo de Heidi, le sacudí el polvo y lo metí en la bolsa que colgaba del carro.

–No sé lo que le pasa al niño –dijo Linda cuando llegamos arriba–. Ha empezado a llorar de repente. Tal vez le haya picado una avispa o algo así. Mira...

Le levantó el jersey y me enseñó una pequeña marca roja. El niño pataleaba en sus brazos, con la cara enrojecida de tanto chillar.

–Pobrecito mío –dijo Linda.

–A mí me ha picado un tábano hace un rato –dije–. Tal vez sea eso. Pero ahora siéntalo en el carrito y vámonos. De todos modos no podemos hacer nada con eso ahora.

Ya atado con las correas, se dio la vuelta y hundió la cabeza en la tela sin parar de gritar.

–Tenemos que ir al coche –dije.

–Sí –asintió Linda–. Pero primero tengo que cambiarle el pañal. Hay un cambiador allí abajo.

Empezamos a bajar la cuesta. Ya llevábamos allí unas cuantas horas y el sol estaba más bajo en el cielo. Algo en esa luz que llenaba el bosque me recordaba las tardes de verano en casa, cuando solíamos ir con mis padres a bañarnos en el mar al otro lado de la isla, o cuando nos íbamos solos al saliente del estrecho debajo de la urbanización. Por unos instantes me invadieron los recuerdos, no en forma de sucesos concretos, sino más bien como estados de ánimo, olores, percepciones. Cómo la luz, que a mediodía era más blanca y más neutra, por la tarde

se volvía más plena, oscureciendo los colores. ¡Correr por el sendero del umbrío bosque un verano en la década de los setenta! ¡Tirarse de cabeza al agua saladísima y nadar hasta el islote de Gjerstadholmen, al otro lado! El sol brillando sobre las rocas vivas, poniéndolas casi doradas. Esa hierba tiesa y seca que crecía en las hondonadas entre ellas. La sensación de profundidad debajo de la superficie del agua, tan oscura en la sombra del monte. Los peces que nadaban por allí. ¡Y las copas de los árboles sobre nuestras cabezas, con sus frágiles ramas temblando en la brisa del sol! La fina corteza y debajo el tronco, liso como un hueso. El follaje verde...

—Allí está —dijo Linda, señalando un pequeño edificio octogonal de madera—. ¿Me esperas?

—Vamos bajando despacio —dije.

En el bosque, al otro lado de la verja, había dos Papá Noel de madera. Con ellos se justificaba lo de País de los Cuentos.

—¡Mira, Papá Noel! —gritó Heidi. Desde hacía tiempo le interesaba mucho ese personaje. Ya muy entrada la primavera, señaló la terraza por donde había entrado Papá Noel en Nochebuena, diciendo «viene Papá Noel», y cuando jugaba con alguno de los regalos que él le había traído, siempre dejaba clara su procedencia. No obstante, resultaba difícil saber qué posición ocupaba ese personaje en su mundo, porque cuando por accidente vio la ropa de Papá Noel en mi armario, ni se sorprendió ni se indignó, no se le había revelado nada, se limitó a señalar y a gritar «Papá Noel», como si se tratara del lugar donde él solía cambiarse de ropa, y cuando nos topábamos con el viejo indigente de barba blanca que solía estar en la plaza delante de nuestra casa, ella se levantaba a veces en el carrito, gritando a pleno pulmón: «¡Papá Noel!»

Me incliné hacia ella y le planté un beso en la regordeta mejilla.

—¡Beso no! —dijo.

Me reí.

—¿Puedo darte un besito a ti, Vanja?

—¡Nooooo! —contestó.

Nos cruzamos con un flujo pequeño pero constante de personas, la mayoría con ropa de colores claros, pantalón corto, camiseta y sandalias, algunos con pantalones y zapatillas de deporte, sorprendentemente muchos de ellos obesos, casi nadie bien vestido.

—¡Mi papá en la cárcel! —gritó Heidi alborozada.

Vanja se volvió en el carrito.

—¡No, papá no está en la cárcel! —le dijo.

Me reí de nuevo y me paré.

—Vamos a esperar un ratito aquí a mamá —dije.

Tu papá está en la cárcel, era una frase que se decían los niños en la guardería. A Heidi le parecía algo extraordinariamente bueno, y solía decirlo cuando quería presumir de papá. Cuando volvimos la última vez de la cabaña, Linda contó que se lo había dicho a una señora mayor que iba sentada detrás de ellas en el autobús. Mi papá en la cárcel. Como yo no iba con ellas, sino que me había quedado en la parada con John, la afirmación quedó suspendida en el aire, irrefutable.

Incliné la cabeza y me sequé el sudor de la frente con la manga de la camiseta.

—¿Puedes comprar otro boleto, papá? —preguntó Vanja.

—Nada de eso —contesté—. ¡Pero si ya te ha tocado un peluche!

—Por favor, papi, otro más.

Me volví y vi a Linda, que venía hacia nosotros con John sentado en el carrito. Parecía contento bajo su gorra.

—¿Todo bien? —pregunté.

—Sí. Le he lavado la picadura con agua fría. Pero está cansado.

—Así se dormirá en el coche —dije.

—¿Qué hora crees que es?

—Las tres y media tal vez.

—Entonces estaremos en casa sobre las ocho.

—Sí, más o menos.

Una vez más cruzamos el pequeño recinto del Tívoli, pasando por delante del barco pirata, una pobre fachada de madera con unas pasarelas detrás de las que había algún que otro hombre con una sola pierna o un solo brazo, espada y pañuelo

en la cabeza, el cercado de las llamas y el de las avestruces, y la pequeña zona pavimentada en la que unos niños montaban en cochecitos, hasta llegar a la entrada, donde había una pista de obstáculos, es decir, unos troncos y unas paredes de tabloncillos separadas por una tela metálica, un trampolín y un pequeño picadero para montar en burro, donde nos detuvimos. Linda cogió a Heidi, la llevó en brazos hasta la cola y le puso un casco en la cabeza, mientras Vanja y yo nos quedamos de pie junto a la verja, para verlo todo bien con John.

Había cuatro burros en la pista, llevados por los padres. El picadero no tendría más de treinta metros de largo, pero casi todos tardaban mucho tiempo en recorrerlo, porque se trataba de burros, no de ponis. Y los burros se paran cuando les da la gana. Padres desesperados tiraban todo lo que podían de las riendas, sin que los animales se moviesen ni un milímetro. Les daban inútiles golpecitos en los costados, los jodidos burros seguían quietos. Uno de los niños lloraba. La mujer que vendía las entradas no paraba de gritar consejos a los padres. ¡Tira todo lo que puedas! ¡Más fuerte! Tirad, no les importa. ¡Fuerte! ¡Así, así!

—¿Ves, Vanja? —dije—. ¡Los burros se niegan a andar!

La niña se rió. Me alegré al verla contenta. Al mismo tiempo, estaba algo preocupado por cómo reaccionaría Linda con el burro; su paciencia no era mucho mayor que la de Vanja. Pero cuando les llegó el turno a ellas, lo manejó todo con elegancia. Cada vez que el burro se paraba, ella se daba la vuelta y se quedaba de espaldas contra el costado del burro, a la vez que hacía chasquear la lengua. Había montado a caballo cuando era pequeña y durante mucho tiempo su vida había girado en torno a los caballos; quizá por eso sabía lo que tenía que hacer.

Heidi estaba radiante a lomos del animal. Cuando el burro ya no se dejaba engañar por el truco del chasquido, Linda tiraba con tanta fuerza y decisión de las riendas que el animal no podía oponer resistencia.

—¡Qué bien montas! —le grité a Heidi. Luego miré a Vanja—. ¿Quieres montar tú también?

Vanja negó enérgicamente con la cabeza y luego se puso las gafas. Había montado en poni desde que tenía año y medio, y el otoño en que nos mudamos a Malmö, cuando tenía dos años y medio, la apuntamos en una escuela de equitación. Se encontraba en medio de Folketspark, era una pista de equitación triste y caduca, con el suelo cubierto de serrín. Para ella, todo aquello era fantástico, todo lo devoraba ávidamente, y luego no paraba de hablar de ello. Se sentaba en su poni desaliñado con la espalda recta, y Linda la llevaba, dando una vuelta tras otra por el picadero, algunas veces me tocaba a mí o a alguna de las chicas de once o doce años que parecían pasarse allí la vida, mientras un instructor iba en el medio, diciéndoles lo que tenían que hacer. No importaba mucho que Vanja no siempre entendiera las instrucciones, lo importante era la experiencia con los caballos y el ambiente que la rodeaba. El establo, el gato que tenía a sus crías escondidas en el heno, la lista de quién iba a montar qué caballo esa tarde, el casco que ella misma había elegido, el momento en el que llevaban el caballo a la pista, lo de montar en sí, el bollo de canela y el zumo de manzana que se tomaba luego en la cafetería. Era el momento culminante de la semana. Pero en el transcurso del otoño siguiente las cosas cambiaron. Tenían un nuevo instructor y Vanja, que aparentaba más de los cuatro años que tenía, se encontró con exigencias que no sabía manejar. Aunque Linda se lo dijo al hombre, la cosa no cambió, Vanja empezó a protestar cuando tocaba ir a montar, no quería de ninguna manera, y al final lo dejamos. Incluso cuando vio a Heidi montar aquel burro por el parque sin exigencia alguna, se negó en rotundo.

Otra actividad a la que nos apuntamos fue un grupo en el que los niños cantaban, dibujaban y también hacían otras cosas. La segunda vez que Vanja asistió tocaba dibujar una casa y ella pintó de azul la hierba. La mujer que dirigía la actividad se le acercó y le dijo que la hierba no era azul, sino verde, y le pidió que hiciera otro dibujo. Vanja rompió la hoja en pedazos, comportándose de una manera que a los demás padres les hizo fruncir el ceño y sentirse orgullosos de lo bien educados que es-

taban sus hijos. Vanja es muchas cosas, pero por encima de todo es susceptible. Y me inquieta que sea una cualidad que ya se esté afirmando. Verla crecer también cambia imágenes de mi propia infancia, no tanto por la calidad como por la cantidad, el propio tiempo que uno pasa con sus hijos, y que es infinito. Tantas horas, tantos días, tantísimas situaciones que surgen y que se viven. De mi propia infancia sólo me acuerdo de unos cuantos episodios que he vivido como fundamentales e importantísimos, pero que ahora entiendo como algo bañado en un mar de otros sucesos, lo que elimina por completo su sentido, pues ¿cómo puedo saber que justo esos sucesos que han permanecido en mi mente fueron decisivos, y no todos esos otros de los que no recuerdo nada?

Cuando discuto cosas como éstas con Geir, con quien hablo por teléfono una hora cada día, él suele citar a Sven Stolpe, que en algún lugar escribe sobre Bergman afirmando que habría sido Bergman independientemente de dónde se hubiera criado, por lo que se deduce que uno es como es, sin que influya para nada el entorno. La manera en la que uno reacciona frente a la familia viene antes que la familia. Cuando yo era pequeño, me enseñaron a explicar toda clase de cualidades, actos y sucesos en base al ambiente en el que habían surgido. Lo biológico y lo genético, es decir, lo que viene dado, apenas existía en el mapa, y cuando aparecía, era contemplado con desconfianza. A primera vista, esa actitud puede parecer humanista, ya que está íntimamente relacionada con la idea de que todos los seres humanos son iguales, pero examinada más atentamente, también puede expresar una actitud mecanicista ante el ser humano, que, nacido vacío, deja que su vida la forme su entorno. Durante mucho tiempo, yo tomé una posición meramente teórica ante este planteamiento, que es tan básico que se podría emplear como tabla de impulso para entrar en cualquier contexto; si por ejemplo el factor destacado es el medio, entonces el ser humano es, en un principio, igual y moldeable, y una buena persona puede crearse mediante una intervención en su entorno, de ahí la fe de la generación de mis padres en el estado, el sistema de edu-

cación y la política, de ahí su ardiente deseo de desechar todo lo que había sido, y de ahí su nueva verdad, que no se encontraba en el interior de la persona, en lo individual y único, sino al contrario, en lo externo del ser humano, en lo colectivo y general. Quien expresa esto con más claridad tal vez sea el autor Dag Solstad, que siempre ha sido el cronógrafo de su época contemporánea, en el texto de 1969 en el que se encuentra su famosa frase: «No queremos dar alas a la cafetera», lo que significa: fuera lo espiritual, fuera lo entrañable, adelante un nuevo materialismo. Ahora bien, el que esa misma postura pudiera estar detrás de la demolición de viejos barrios, de la construcción de carreteras y aparcamientos, a lo que se oponía la izquierda intelectual, claro está, no se les ocurrió nunca, y tal vez no ha sido posible que se les haya ocurrido hasta ahora, en que la relación entre la idea de la igualdad y el capitalismo, el estado del bienestar y el liberalismo, el materialismo del marxismo y la sociedad mercantil es ya obvia, porque el mayor creador de igualdad es el dinero, que nivela todas las diferencias, y si tu carácter y tu suerte son magnitudes mensurables, el dinero es el modelador más inmediato, y de esa manera surge el fascinante fenómeno que consiste en que masas de personas aleguen su propia individualidad y originalidad actuando idénticamente, mientras aquellos que antaño abrieron esa puerta, defendiendo la igualdad, acentuando lo material y la fe en el cambio, están ahora rabiando contra su propia obra, que consideran creada por el enemigo. Pero, como ocurre con toda clase de razonamientos simples, éste tampoco es del todo verdad, la vida no es una magnitud matemática, no tiene ninguna teoría, sólo práctica, y aunque resulte tentador entender la reorganización de la sociedad hecha por una generación basándose en su visión de la relación entre herencia y ambiente, se trata de una tentación literaria y consiste en el placer de especular, es decir, probar la idea a través de las esferas más diversas de la actividad humana, más que en el placer de decir la verdad. El cielo es bajo en los libros de Solstad, que son extremadamente susceptibles a las corrientes de su época, desde el sentimiento de alienación en la

década de los sesenta, el culto de lo político a principios de los setenta y luego, justo cuando empezaron a soplar los vientos, hasta el distanciamiento a finales de esa misma década. Esta tendencia, que recuerda a una veleta, no tiene por qué ser ni una fuerza ni una debilidad para una obra literaria, sino simplemente una parte de su material, una parte de su orientación, y en el caso de Solstad, lo esencial siempre se ha encontrado en otra parte, es decir, en el lenguaje, que resplandece con su nueva elegancia anticuada, e irradia ese brillo tan singular, inimitable y repleto de espiritualidad. Ese lenguaje no se puede aprender, ese lenguaje no se puede comprar con dinero, y precisamente en ello reside su valor. No es que nazcamos iguales y las condiciones de vida hagan nuestras vidas diferentes, sino al revés, nacemos diferentes y las condiciones de vida igualan nuestras vidas.

Cuando pienso en mis tres hijos, no sólo me aparecen sus caras tan características, también me transmiten un determinado sentimiento. Ese sentimiento, que es inalterable, es lo que ellos «son» para mí. Y lo que «son» ha estado presente en ellos desde el primer día que los vi. No sabían hacer nada, y lo poco que sabían hacer, como mamar, levantar los brazos como acto reflejo, mirar a su alrededor, copiar, lo sabían hacer todos, de manera que lo que «son» no tiene nada que ver con cualidades, no tiene nada que ver con lo que saben hacer o lo que no saben hacer, es más bien una especie de luz que arde dentro de ellos.

Sus rasgos distintivos, que empezaron a manifestarse al cabo de unas semanas, han permanecido inalterados, y son tan diferentes en cada uno de ellos que resulta difícil creer que las condiciones que les ofrecemos a través de nuestra conducta y nuestra manera de ser hayan tenido alguna importancia decisiva. John tiene un temperamento dulce y amable, ama a sus hermanas y sus aviones, trenes y autobuses. Heidi es extrovertida y se relaciona con todo el mundo, le interesan los zapatos y la ropa, sólo quiere ponerse vestidos, y se siente bien en su pequeño cuerpo, algo que manifestó por ejemplo cuando en la piscina cubierta desnuda delante del espejo le dijo a Linda:

«¡Mamá, mira qué bonito es mi culo!» No soporta que la reprendan, si se levanta la voz delante de ella, ella se aparta y se echa a llorar. Vanja, por su parte, se defiende y contesta, tiene un genio terrible, es resuelta, sensible y racional. Se acuerda de todo, se sabe de memoria la mayor parte de los libros que le leemos y los diálogos de las películas que vemos. Es divertida, nos reímos mucho con ella en casa, pero fuera, se deja influir por el ambiente en el que se encuentra, y si le resulta demasiado nuevo o inusual, se cierra en banda. Su timidez apareció cuando tenía unos siete meses, manifestándose en que simplemente cerraba los ojos, haciéndose la dormida, cuando se le acercaban personas desconocidas. Todavía lo hace muy de tarde en tarde; si va sentada en su carrito y nos encontramos inesperadamente con alguno de los padres de la guardería, por ejemplo, sus ojos se cierran. En Estocolmo, en la guardería, que estaba justo enfrente de nuestra casa, se juntó, tras un principio muy cauteloso y vacilante, con un niño de su edad llamado Alexander, y jugaba con él con tanta energía en las instalaciones del parque que el personal nos contó que a veces tenían que defenderlo de ella, porque él no siempre soportaba la vehemencia de la niña. Pero por regla general se le iluminaba la cara cuando Vanja llegaba, y se ponía triste cuando ella se iba. Desde entonces, ella siempre ha preferido jugar con niños, al parecer hay algo en lo físico y en la intensidad en el juego que ella necesita, tal vez porque resulta sencillo y proporciona fácilmente una sensación de dominio.

Cuando nos mudamos a Malmö, ella empezó en una nueva guardería, situada muy cerca de Västra Hamnen, en la parte nueva de la ciudad, donde vivía la gente más adinerada, y como Heidi era tan pequeña, era yo el que se ocupaba de la mayor. Cada mañana cruzábamos la ciudad en bicicleta, pasando por los antiguos astilleros, hasta el mar. Vanja con su pequeño casco en la cabeza y abrazada a mí, yo con las rodillas a la altura del estómago en la pequeña bicicleta de mujer, ligero y alegre, porque la ciudad aún era nueva para mí, y los cambios de luz en el cielo por la mañana y por la tarde aún no habían sido incluidos en la mirada saturada de lo habitual. Lo primero que

Vanja decía por la mañana era que no quería ir a la guardería y a veces lo decía llorando, pero yo lo interpretaba como algo pasajero, convencido de que poco a poco le iría gustando. Pero al llegar a la guardería no se separaba de mis rodillas, a pesar de las tentaciones de las tres empleadas del establecimiento. Yo opinaba que lo mejor sería lanzarla a ello, marcharme de allí y dejar que se las apañara por su cuenta. Pero semejante crueldad fue rechazada tanto por las empleadas como por Linda, y allí estaba yo, sentado en un rincón, con Vanja sobre las rodillas, rodeado de niños jugando, con un sol radiante fuera que se iba volviendo más otoñal conforme transcurrían los días. Cuando a media mañana tomaban un tentempié que consistía en trozos de pera y manzana repartidos por el personal en el jardín, Vanja sólo lo aceptaba si lo podía comer a diez metros de distancia de los demás, y cuando hacíamos eso, yo con una sonrisa de disculpa, me resultaba curioso, porque esa manera de relacionarse con la gente era igual que la mía: ¿cómo había podido captarlo esa niña de dos años y medio? Naturalmente las cuidadoras consiguieron separarla de mí poco a poco, y yo podía coger la bicicleta de nuevo y volver a casa a escribir, mientras ella lloraba de un modo desgarrador a mis espaldas. Al cabo de un mes, podía dejarla y recogerla con normalidad, pero por la mañana de vez en cuando decía que no quería ir, e incluso lloraba, aunque ya raramente. Cuando llamaron de una guardería que estaba al lado de nuestra casa y dijeron que tenían una plaza libre, no dudamos en aceptarla. Se llamaba El Lince y era una cooperativa de padres, lo que significaba que todos los padres estaban obligados a prestar sus servicios como personal durante dos semanas al año, aparte de ocupar uno de los muchos puestos administrativos o prácticos que había. En aquel momento no sabíamos hasta dónde iba a penetrar en nuestra vida esa guardería, al contrario, sólo hablábamos de las ventajas que nos ofrecería: trabajando allí conoceríamos a todos los amiguitos de Vanja, y a través de los cargos y las reuniones que éstos implicaban, también conoceríamos a los padres. Nos dijeron que era habitual que los niños fueran a casa de sus compañeros, de ma-

nera que nosotros también tendríamos tiempo libre cuando lo necesitáramos. Además, y eso quizá fuera lo más importante, no conocíamos a absolutamente nadie en Malmö, y ésa sería una manera fácil de establecer nuevos contactos. Y así fue, al cabo de un par de semanas fuimos invitados al cumpleaños de uno de los niños. A Vanja le hizo mucha ilusión, en parte porque le habíamos comprado unos zapatos dorados que estrenaría para la fiesta, aunque a la vez no quería ir, lo que era bastante comprensible, teniendo en cuenta que todavía no conocía mucho a los niños. Encontramos la invitación en su estante de la guardería un viernes por la tarde, y la fiesta se celebraría el sábado de la semana siguiente. Cada mañana de esa semana, Vanja preguntó si ya era el día de la fiesta de Stella. Cuando le decíamos que no, ella preguntaba si era «pasado mañana», que para ella era el horizonte más distante imaginable. La mañana en la que pudimos decirle por fin que sí, que aquel día era la fiesta en casa de Stella, la niña se levantó de la cama y corrió al armario a ponerse los zapatos dorados. Un par de veces cada hora preguntaba si faltaba mucho, lo que podría haber resultado insostenible de no ser porque siempre había cosas que hacer para acortar el tiempo de espera. Linda la llevó a una librería a comprar el regalo, luego se sentaron en la cocina a dibujar una tarjeta de felicitación, las bañamos, las peinamos y les pusimos leotardos blancos y vestidos de fiesta. Entonces el estado de ánimo de Vanja cambió de repente. Ya no quería ponerse ni leotardos ni vestido, no iría a ninguna fiesta, y tiró los zapatos dorados contra la pared, pero después de esperar pacientemente a que pasara el breve estallido, conseguimos vestirla, incluso logramos ponerle el chal blanco de punto que le habían regalado para el bautizo de Heidi, y cuando por fin estaban listas en el carrito delante de nosotros, volvían a mostrarse muy ilusionadas. Vanja estaba seria y callada, con los zapatos dorados en una mano y el regalo en la otra, pero cuando se dirigía a nosotros para decirnos algo, era con una sonrisa. A su lado iba Heidi, enérgica y alegre, porque aunque no sabía adónde nos dirigíamos, la indumentaria y los preparativos seguramente le habrían

indicado que se trataba de algo fuera de lo normal. La casa en la que se celebraba la fiesta se encontraba unos cientos de metros más arriba en nuestra misma calle, que estaba repleta de los movimientos característicos de las tardes de sábado en la ciudad: los últimos compradores cargados con bolsas se mezclan con los jóvenes que acuden al centro para estar sin hacer nada delante del Burger King y el McDonald's, y los muchos coches que pasan lentamente ya no son sólo los utilitarios funcionales de familias entrando o saliendo de algún aparcamiento, sino que cada vez se ven más coches bajos, resplandecientes y negros, con la música martilleando la carrocería, conducidos por veinteañeros inmigrantes. Delante del supermercado había tanta gente que nos vimos obligados a detenernos un momento, y cuando la vieja y flacucha señora que sobre esa hora solía estar allí en su silla de ruedas avistó a Vanja y a Heidi, se inclinó hacia ellas y tiró de una campanita que tenía colgando de un palo, mientras sonreía de un modo que para ella mostraría sin duda su amor por los niños, pero que a ellos les parecía aterrador. Las niñas, sin embargo, no dijeron nada, se limitaron a mirarla. Al otro lado de la puerta había un drogadicto de mi edad sentado en el suelo con una gorra en la mano extendida. Tenía a su lado una jaula con un gato y cuando Vanja lo vio, se volvió hacia nosotros y dijo:

—Cuando vivamos en el campo, tendré un gato.

—¡Gato! —exclamó Heidi señalándolo.

Iba empujando el carrito por el borde de la acera y tuve que bajarlo a la calzada para adelantar a tres personas que andaban jodidamente despacio, y que al parecer creían que la acera era de su propiedad. Anduve muy deprisa unos cien metros y volví a subir el carrito a la acera en cuanto los adelantamos.

—Puede que tardemos mucho en ir a vivir al campo, Vanja —dije.

—No se pueden tener gatos en un piso —objetó ella.

—Así es —corroboró Linda.

Vanja volvió a su postura inicial, apretando con ambas manos la bolsa del regalo.

Miré a Linda.

—¿Recuerdas cómo se llama el padre de Stella?

—No me acuerdo... —contestó ella—. Ah sí, ¿no era Erik?

—Sí, sí, eso es. ¿En qué trabaja?

—No estoy muy segura —contestó Linda—. Pero es algo de diseño.

Pasamos por delante de Gottgruvan, la tienda de chucherías, y tanto Vanja como Heidi se inclinaron hacia delante para mirar el escaparate. El local siguiente era el del prestamista, y a continuación había una tienda que vendía estatuillas y colgantes, ángeles y budas, además de incienso, té, jabones y otros objetos New Age. En los escaparates colgaban carteles que informaban sobre la llegada a la ciudad de gurús del yoga y videntes famosos. Al otro lado de la calle había una tienda de ropa de marcas baratas, Ricco Jeans and Clothings, «Moda para toda la familia», y a continuación estaba TABOO, una especie de tienda «erótica» que tentaba con dildos y muñecas exhibiendo distintos modelos de saltos de cama y ropa interior tipo corsé en la ventana que había junto a la puerta, que no se veía desde la calle. Más allá estaba Bergman, bolsos y sombreros, que sin duda permanecía inalterada tanto en el género como en la decoración interior desde su fundación, en la década de los cuarenta, y Radio City, que acababa de quebrar, pero que seguía exhibiendo un escaparate repleto de luminosas pantallas de televisión, rodeadas de los más variados aparatos eléctricos, con los precios en grandes letreros de cartón naranjas y verdes. La regla era que cuanto más subías la calle, más baratas y dudosas eran las tiendas. Lo mismo regía para la gente que se movía por ahí. Al contrario que en Estocolmo, donde vivíamos en el centro de la ciudad, aquí la pobreza y la miseria eran visibles en las calles. Eso me gustaba.

—Aquí es —dijo Linda, deteniéndose frente a una puerta. Un poco más allá, delante de un bingo, había tres mujeres de unos cincuenta años, con la piel descolorida, fumando. Linda miró la lista de nombres en el panel junto al portal, y marcó un número. Pasaron dos autobuses muy seguidos, haciendo un rui-

do infernal. En la puerta sonó un zumbido y entramos en el oscuro portal, dejamos el carrito junto a la pared y subimos las dos plantas, Linda con Vanja de la mano y yo con Heidi en brazos. La puerta estaba abierta, y el piso también estaba oscuro. Sentí cierto malestar al entrar directamente, me habría gustado llamar, lo que habría hecho patente nuestra llegada, porque nos quedamos en la entrada, sin que nadie nos hiciera caso.

Dejé a Heidi en el suelo y le quité la chaqueta. Linda estaba a punto de hacer lo mismo con Vanja, pero ella protestó: primero se quitaría las botas para poder ponerse los zapatos dorados.

Había una habitación a cada lado de la entrada. En una había niños jugando con gran dedicación y en la otra unos adultos charlando. En el pasillo que seguía hacia dentro vi a Erik, que estaba de espaldas hablando con una de las parejas de padres de la guardería.

—¡Hola! —saludé.

Él no se volvió. Dejé la chaqueta de Heidi encima de un abrigo en una silla. Mi mirada se cruzó con la de Linda, que estaba buscando un lugar donde colgar la chaqueta de Vanja.

—¿Entramos? —preguntó.

Heidi se abrazó a mis piernas. Yo la cogí en brazos y avancé unos pasos. Erik se volvió.

—Hola —dijo.

—Hola —contesté.

—¡Hola, Vanja!

Vanja le dio la espalda.

—¿Quieres darle el regalo a Stella? —le pregunté.

—Stella, ha llegado Vanja —dijo Erik.

—Dáselo tú —dijo Vanja.

Stella se levantó de entre el grupo de niños. Sonrió.

—¡Felicidades, Stella! —dije—. Vanja te trae un regalo. —Miré a Vanja—. ¿Quieres dárselo tú?

—Dáselo tú —contestó en voz baja.

Cogí el regalo y se lo di a Stella.

—Es de Vanja y de Heidi —señalé.

–Gracias –dijo, rasgando el papel. Al ver que era un libro lo dejó en una mesa donde estaban los demás regalos, y volvió al juego.

–¿Bueno? –dijo Erik–. ¿Todo bien?

–Sí, sí –contesté, sintiendo cómo la camisa se me pegaba al pecho. Me pregunté si se notaría.

–Qué piso tan estupendo –comentó Linda–. ¿Tiene tres habitaciones?

–Sí –contestó Erik.

Tenía siempre una expresión como pícara, como si supiera algún secreto inconfesable de sus interlocutores. Era difícil de interpretar; su media sonrisa podía ser irónica, bondadosa o insegura. Si hubiera tenido un carácter marcado o fuerte, eso podría haberme inquietado, pero resultaba indeciso de una manera débil o indolente, de modo que lo que él pudiera pensar u opinar no me preocupaba en absoluto. En ese momento me importaba más Vanja, agarrada a Linda y mirando al suelo.

–Los demás están en la cocina –nos indicó Erik–. Hay vino, si queréis tomar una copa.

Heidi ya había entrado en la otra habitación, y estaba frente a una estantería de juguetes con un caracol en la mano. Tenía ruedas y una cuerda de la que se podía tirar.

Saludé con un gesto a los padres que estaban al final del pasillo.

–Hola –dijeron.

¿Cómo se llamaba él? ¿Johan? ¿Jacob? Y ella, ¿era Mia? No, joder, él se llamaba Robin.

–Hola –contesté.

–¿Todo bien? –preguntó él.

–Sí, sí –contesté–. ¿Y vosotros?

–Bien, gracias.

Les sonreí. Ellos me devolvieron la sonrisa. Vanja soltó la mano de Linda y entró vacilante en la habitación donde estaban jugando los niños. Durante un rato los estuvo mirando de reojo, luego fue como si se decidiera a lanzarse del todo.

–¡Llevo unos zapatos de oro! –dijo.